

# El mundo epistolar de Edith Stein

Han transcurrido veintisiete años desde la trágica muerte de uno de los discípulos que siguieron a Husserl con más inteligencia y corazón, llamándole «Maestro» hasta el fin y con el doble acento noético - afectivo que tal título ha resumado sólo en raros momentos de la historia de la filosofía. «Mi querido Maestro». Un poco como Platón a Sócrates, y también como Aristóteles a Platón —verdad y amistad—, o como, en respetable lejanía, Vives a Aristóteles, «a quien venero y de quien disiento no sin rubor». Es decir, en la línea genuina del discipulado filosófico. Nos referimos a Edith Stein (1891-1942), aprendiz de fenomenología en la escuela de su fundador, luego disidente del «idealismo» husserliano y puente malogrado entre aquella y la escolástica.

El vigésimo quinto aniversario de su desaparición, al parecer en una cámara de gas de Auschwitz el 9 de agosto de 1942, despertó diversos ecos en el mundo religioso y en el filosófico. Entre los homenajes tributados, probablemente ha sido el principal la publicación de una parte de su epistolario. Aunque parcial por partida doble —por no publicarse todo él y porque, además, las cartas que ven la luz son muy fragmentarias— permite, sin embargo, atisbar de un modo fehaciente el perfil humano, filosófico y religioso de su autora.

Tres son, en efecto, a nuestro entender, los pilares de lo que denominamos su mundo epistolar: *familia, filosofía, Dios*. Si las cartas de un hombre traslucen la imantación esencial y las tensiones de su persona, la de Edith se polarizó inequívocamente en ese haz de direcciones. Más aún, aunque entreverados siempre, su propia vida va desfasándose de objeto preferente según el orden que asignamos a aquellos tres centros de gravedad de la misma.

En la primera fase de esa vida *Dios* pesa tan poco que casi se volatiliza por completo, mientras en la última constituye su auténtico *pondus meum*. La *filosofía* llena en interés especialmente los años medios, coincidentes con el comienzo de su actividad epistolar. El elemento *familia* podría decirse que se subtiende con inten-

sidad irregular bajo los otros dos, aflorando poderosamente al principio y hacia el término de su existencia, pero debido en el segundo caso a las vicisitudes excepcionales que pusieron fin a la misma y zarandearon a los suyos.

Como podía esperarse, la autobiografía de Edith Stein <sup>1</sup> confirma aquel aserto. Esa triple proyección cardinal de su vida transparece en las páginas de la misma con contundencia no menor, hasta el punto de que las dos clases de escritos, de suyo dispares, no sólo parecen complementarios, sino paralelos en muchos detalles. La diferencia más acusada y obvia está en que el relato autobiográfico es bastante más variopinto que el epistolar en cuanto concierne a orígenes, infancia y adolescencia, y harto menos rico en datos sobre la edad madura y últimos trances. Una ojeada a la autobiografía será por ello imprescindible para redondear cuanto sabemos por las cartas.

Por lo demás, el estilo y garbo en la primera es fiel trasunto del palpito vital, frescura y alegría de vivir típicos de la mañana de la vida: las cartas reflejan, en cambio, un paisaje interior y exterior no siempre tan sereno y mucho menos risueño en general. Punto de mira autobiográfico es no sólo la autora, sino la figura central de su madre, que en el epistolario se esfuma al principio sensiblemente, al paso que emerge la presencia de Husserl y otras amistades filosóficas, para reaparecer después. Y el Dios lejano o perdido de raíz para Edith, según la «historia de una familia judía», irrumpe y se hace inmanencia vivida en muchas cartas, pues la vocación allí tan indefinida en todo menos en el ardor de la verdad buscada, se convierte en el epistolario en encuentro y entrega total a esa Verdad.

Por último, estas cartas, escritas innegablemente sin pretensiones autobiográficas o ilusiones de coleccionismo póstumo, reflejan la misma sazón espiritual que la autora de ambas clases de relatos reclamaba como norma e ideal de quien describa la propia vida: «Quien ose autobiografiarse —pensaba— deberá haber alcanzado una madurez espiritual profunda».

\* \* \*

La más antigua carta publicada que conocemos data del 5 de enero de 1917. Tenía Edith Stein 26 años y era asistente de Husserl

---

1. *Aus dem Leben einer jüdischen Familie*. Herausgegeben von L. Gelber und R. Leuven (Freiburg: Herder Verlag, Löwen: Nauwelaerts, 1965). Sigla en el texto: LJF.

en Friburgo. Va dirigida al colega y filósofo polaco Roman Ingarden, que frecuentaba igualmente las lecciones del «Maestro». Su asunto es el estado irritante del material «bruto» de las *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, cuya tediosa ordenación corría a cargo de Edith, a requerimiento del propio Husserl.

Otras fechas de interés para este estudio por ser su cañamazo cronológico y el trasfondo de la vida de Edith Stein, son:

- 12.10.1891: Nacimiento.
- 1891-1913: Infancia y años de formación en su nativa Breslau (Silesia).
- 1913-1915: En busca de Husserl a Gotinga, en cuya Universidad cursa filosofía, psicología, historia y germanística. «Statsexamen». Movilización.
- 1916-1919: En pos de Husserl a Friburgo de Brisgovia. Doctorado en filosofía. Asistente del «Maestro».
- 1922: Conversión al catolicismo. Actúa de madrina de bautismo Hedwig Conrad-Martius, también fenomenóloga y convertida, aunque al protestantismo.
- 1923-1933: Años de enseñanza en Espira y Münster hasta que el nacional-socialismo la obliga a retirarse.
- 1934-1938: Carmelita descalza en Colonia.
- 1939-1942: Semifugitiva en Holanda, de cuyo Carmelo de Echt es sacada por la Gestapo y deportada.
- 9. 8. 1942: Muerte en Auschwitz.



El presente artículo pondrá de relieve sólo el primero de los tres rasgos fundamentales del epistolario, que es también el más humano: vida y familia.

— I —

Edith Stein nació el 12 de octubre de 1891, de la familia Stein-Courant, judíos alemanes que poseían un no muy próspero negocio maderero. Hacía el número once y último entre los hermanos. Apenas conoció a su padre, muerto en el bosque en viaje de oficio en el segundo año de vida de su hija menor. Años más tarde, la ausencia de su madre henchirá su correspondencia; del padre no ha

quedado (que sepamos) sino este tardío y sentido recuerdo: «Una vez más me duele en el alma haber hecho tan poco por mi padre. Murió en mi segundo año de vida; no tengo propiamente memoria alguna de él, por más que mi madre hizo siempre por despertala»<sup>2</sup>.

La temprana orfandad de padre y el ser la más pequeña compenetraron entrañablemente a madre e hija. La señora Augusta Stein, de patronímico Courant, era un carácter doméstico de cuño bíblico. La solidez de su piedad, basada en el culto de la sinagoga y en la lectura del Antiguo Testamento, dio singular importancia a la coincidencia del nacimiento de la menor con la máxima fiesta judía, la de la Reconciliación: «Yo creo que eso contribuyó más que nada al afecto que profesaba a su benjamina», escribirá ésta. Edith era para ella su pequeño claro sol, y la madre para Edith fuente y símbolo de todo lo vivo y cálido en el hogar.

En cuanto a sus hermanas, con ninguna se entendía tan bien en la niñez como con la que le precedía en edad, Erna. Aunque vivían como gemelas, distaban interior y exteriormente de serlo y parecerlo, o eran, a lo más, «gemelas muy desiguales». «Decían las hermanas mayores que Erna era transparente como agua clara; a mí, en cambio, me comparaban a un libro con siete sellos...» (LJF 33).

Efectivamente, pronto dio indicios de tener un alma profunda y una precocidad inusitada, propia quizá de un niño prodigio cuya interioridad irrumpiera tempranamente: «Había en mi interior un mundo oculto..., en el que era sometido a transformación lo que veía u oía...» (ib. 43). Aun no contaba siete años, y ya estaba bien lejos de ella el típico embebimiento o enajenación del niño en las cosas de fuera. Mucho antes del uso oficial de la razón se imponía su interioridad al mundo externo y lo intentaba modelar o, al menos, se ponía en guardia con aduana rigurosa frente a las impresiones avasalladoras del ambiente. El reverso de esas dotes fue un pronto sentimiento de soledad y carencia de verdadera intimidad con otras personas, no excluida su madre: Desde edad muy temprana vivió una vida extraña, doble, «pasando para el observador por cambios incomprensibles y súbitos» (ib. 42). El sufrimiento moral

---

2. Las siglas remiten a las siguientes colecciones de cartas publicadas: BA a: EDITH STEIN, *Briefauslese 1917-1942, mit einem Dokumentenanhang zu ihrem Tode*. Herausgegeben vom Karmelittinnenkloster Köln (Freiburg: Herder Verlag 1967). BH a: EDITH STEIN, *Briefe an Hedwig Conrad-Martius*. Herausgegeben von H. Conrad-Martius (München: Kösel Verlag 1960). Hay traducción española: EDITH STEIN, *Cartas a Hedwig Conrad-Martius* (Estela: Editorial Verbo Divino 1963). WB a: EDITH STEIN, *Worte und Briefe* (München: Verlag Ars Sacra 1965). Zusammenstellung der Texte: Sr. Teresia a Matre Dei.

que tal situación le comportaba se compensó con la firmeza de carácter y el autodominio que ello le hizo adquirir, hasta «poder guardar casi sin esfuerzo un sosiego uniforme».

Edith soñaba ya con su propia futuro y, por cierto, con un destino de gloria. Clave para lograrlo sería el arma excepcional de que iba notándose dotada, una inteligencia superior. «En la escuela se me tomará en serio», se decía. Ahí ingresó un año antes de lo normal, sin pasar por el «Kindergarten», que rechazó como indigno de ella. Y en la escuela llega a sentirse «más en casa que en casa». ¿Por qué? Posteriormente confesará repetidas veces que su alma nada ha deseado tanto como la verdad. El saber puede darle la verdad o ponerla en su pista, y aquélla, como en el caso de otro gran buscador, S. Agustín, en la de Dios. Entre las condiscípulas pasó, como antes en el hogar, un poco por la sabidilla de la clase.

Mas no tardará en perder la fe de sus mayores. Mientras que la honda religiosidad materna se nutría de una sumisión inquebrantable a la Ley y de convicciones naturales afincadas en el fondo del alma —«su» prueba de la existencia de Dios, tal como Edith la trasmite, tenía esta curiosa formulación: porque «yo no puedo de ninguna manera comprender que todo cuanto yo he alcanzado lo deba a mis propias fuerzas» (LJF 32)— el espíritu inquisitivo y reconcentrado de la menor seguía rumbos muy distintos. De los 13 a los 21 años le será imposible admitir la existencia de un Dios personal. Esa crisis era, tal vez, parte de otra mayor, en virtud de la cual se apartó voluntariamente de sus preciados estudios, mas sólo para volver después a ellos con mayor ansia de saber, de dar con la verdad; Dios podía muy bien esperarla a la vuelta de la esquina de esa actitud. Mas no sería ya el Dios de la sinagoga, ni el de los filósofos, a pesar de haberse abierto camino hacia El por la filosofía. Aunque seguía visitando la primera, lo hacía por acompañar a la madre, no por convicción: en la sinagoga le resultaba edificante más que el culto divino, «la devoción de mi madre, completamente sumergida en Dios».

— II —

En esa situación decidió alejarse de casa, de su ciudad y de todo el ambiente conocido, en busca de su tierra de promisión: la fenomenología. Husserl la explicaba en Gotinga y allá irá Edith en busca de los dos.

Más que la separación espacial dolió a la madre la moral y religiosa, cuya intensificación temía. Pero, «si es necesario para los

estudios, no me opondré». Para la hija significaba, en cambio, una liberación, que describe con la exactitud y poesía bíblicas del «como pájaro que escapa del lazo».

En Gotinga vivirá años de luz y de inmenso entusiasmo filosófico entre los jóvenes fenomenólogos. La primera Guerra Mundial la sorprende en esa dedicación plena a la filosofía como oyente de Husserl. El pequeño círculo de discípulos será dispersado en direcciones muy dispares, en un avatar que recuerda la misteriosa frase de Platón, quizá en circunstancia análoga: «Fuimos diseminados por la divinidad como los árcades por obra de los lacedemonios» (193a). Las jóvenes, también.

Edith había sentido desde muy pronto gratitud y devoción a un Estado en el cual los estudiantes eran «hijos privilegiados». Esta situación de privilegio se manifestaba en las becas, entradas gratis o rebajadas a teatros, conciertos y museos, etc. Le espoleaba tanto el sentimiento de gratitud, que le creaba conflictos éticos, viéndose sin hacer nada por el Estado y sin otra esperanza que la de dedicarle más tarde su trabajo profesional. «Ya hace tiempo que me atormenta la idea de que al presente no hago nada por la patria» —escribe en una de las primeras cartas que conocemos (3.2.17 - BA 34).

Las universitarias organizaron ese servicio según sus posibilidades. Edith se ofreció como enfermera. Su abnegación en los hospitales le valdría la medalla al valor. Una vivencia extraña le asaltó por entonces, grabándose profundamente en su ánimo. «Al volver a casa en el día de nuestra movilización, después de un viaje de 24 horas, y apartarme del círculo familiar por no poder soportar oírles hablar de cosas indiferentes (e. d., personales), tuve súbitamente esta intuición clarísima: Hoy ha cesado mi vida individual, y todo cuanto soy pertenece al Estado; si sobrevivo a la guerra, la volveré a tomar como un nuevo regalo. Y no fue esto producto pasajero de unos nervios sobreexcitados, sino que sigue vivo hasta hoy en mí...» (9.2.17 - BA 35).

¿Qué pensaba entonces Edith sobre pueblo, nación, Estado? ¿Cómo se sentía ella, hebrea, ligada a los destinos y al alma del pueblo alemán? La carta citada es bien reveladora. Disintiendo amistosamente de su interlocutor epistolar, muestra la diferencia fundamental que en aquellas cuestiones los separa, a la luz de una frase del polaco, que dice estar «enamorado del alma polaca»... Esto le parece a Edith muy poco. Su relación con la patria germánica trasciende de raíz la dualidad que supone el enamoramiento. Es una relación por identificación. «Yo no puedo estar más enamo-

rada de Alemania que de mí misma, pues yo misma lo soy (Alemania), e. d., soy una parte de ella». En esa perspectiva se impone la comparación clásica del organismo y de sus células, aunque en el cuerpo social se trata —bien lo subraya Edith— de células conscientes y libres, que superan por lo mismo la ramplona dimensión del mero estar al servicio del Estado. Cuanto más viva y fuerte sea en un pueblo la conciencia de esas relaciones de parte a todo y cuanto más libre sea la subordinación, «tanto más se transforma ese pueblo en Estado, y esa configuración estatal es su organización. Estado es pueblo autoconsciente, que disciplina sus funciones... Considero la organización como señal de fuerza interior y el pueblo más perfecto, el más estatificado». Son obvios los paradigmas antiguos y modernos a tales convicciones, y Edith los cita con elogio: «Creo poder afirmar con la mayor objetividad que, desde Esparta y Roma, en ninguna parte se ha dado una conciencia de Estado tan poderosa como en Prusia y en el nuevo Reich alemán» (ib.). Quizá convenga recordar que la Historia fue otra de sus disciplinas favoritas, junto con la filosofía y la germanística. Y en ella Ranke, su «maestro», como Husserl lo era en filosofía.

En esa dirección organicista llega incluso a escribir que «los pueblos son personas, con su propia vida, nacimiento, desarrollo y extinción». Era el 9 de febrero de 1917. Otro personaje fascinado por Prusia estaba a punto de entonar su réquiem por Occidente, después de diagnosticar para cada cultura idénticas o similares fases de evolución: Oswald Spengler.

Como asistente de Husserl en Friburgo, no carecerá de la ayuda económica de su madre. Resuelta a aquel «modus vivendi» junto al maestro, fuente de ingresos precarios, no duda en insinuar a su progenitora que lo único necesario ahora sería una renta vitalicia. «Recibí al momento la respuesta de que no debía apurarme por eso lo más mínimo. Así desapareció de mi existencia el espectro del retorno a la escuela, lo que significaba un alivio muy considerable» (5.1.17 - WB 7).

A las miserias humanas de la guerra se añaden en el crudísimo invierno de 1917 las de la naturaleza. Las temperaturas bajan en algunas zonas de Alemania a -28° C. Además, el frío se prolonga inusitadamente, como si no fuera a acabar nunca. El 27 de abril no puede acallar ya su añoranza de la paz y del sol. Husserl está a dos años de los sesenta. La discípula ha pensado frecuentemente en el homenaje, en el «Festschrift» obligado. Y alimenta la más firme esperanza de que para entonces «la guerra haya terminado por fin. En este inacabable invierno se han fundido en un único anhelo

para mí el del verano y el de la paz. El verano ha de llegar, no cabe duda, pues las leyes naturales siguen en pie, y aquél vendrá. Pero ¿vendrá la paz...?» (BA 39).

La paz estalló, sí, mas con su cortejo de desilusiones. La derrota nacional inculcó en muchos alemanes el virus de un pesimismo general y del suicidio. Este peligro se cernía incluso sobre algunos miembros de la familia Stein, tan patriotas como Edith. Ella supo encajar el hundimiento alemán con dolor, pero sin desconcierto. No así sus hermanas predilectas, Erna, la «gemela dispar», y Rosa, la futura gemela de martirio. En los acontecimientos del día lee Edith ya los buenos gérmenes del porvenir inminente, e incluso divisa los signos del alborar de un nuevo espíritu. Quisiera contagiar a los suyos lo que a ella «tras cada nuevo golpe, le inyecta fuerzas de frescor. Por mi parte, puedo asegurar que, después de todo lo pasado el año último, yo reafirmo la vida más enérgicamente que nunca. Atravesamos, sin duda alguna, un momento crucial de la evolución del espíritu humano: no hay, pues, que lamentarse, si la duración de la crisis parece rebasar la medida del individuo. Todo lo que hoy es tan horrible, y que tampoco yo deseo paliar, es el espíritu que hay que superar. El nuevo espíritu está ya aquí y se abrirá paso con seguridad. Lo vemos perfectamente en la filosofía y en los inicios de un arte nuevo, el expresionismo: tan claramente como en esas manifestaciones se han visto vencidos el materialismo y el naturalismo, se verán superados en todas las restantes esferas de la vida, aunque lenta y penosamente... Sólo querría infundirte fe en que la evolución, cuyo curso nos es dado prever sólo dentro de límites muy reducidos y codeterminar en más exiguos todavía, ha de ser, en último análisis, para bien» (6.7.18 - BA 41-42; WB 9) <sup>3</sup>.

Desde el 6 de julio de 1918 al 12 de octubre de 1927 advertimos un vacío irreparable en su correspondencia; según los recopilado-

---

3. Puede verse el texto más completo de esta carta en Sr. TERESIA A MATRE DEI, *Edith Stein, auf der Suche nach Gott* (Kevelaer: Butzon & Bercker 1965<sup>2</sup>). Está próxima su publicación en español, por la Ed. «El Verbo Divino». En la citada carta habla Edith de un artículo de W. Rathenau, que envía adjunto a su hermana «para que veas que otros vislumbran las mismas perspectivas postbélicas que yo». Electivamente, entre ellos, el propio O. Spengler, deudor inesperado del monstruoso éxito de *La decadencia de Occidente* a un error de perspectiva en el público, que veía en el hundimiento político de la Alemania imperial el fin de Europa. Contra esa errónea interpretación se pronunció inmediatamente Spengler en su opúsculo *¿Pesimismo?*, protestando que no debe confundirse el hundimiento de una cultura con el de un barco de vapor... El fracaso abría nuevos horizontes, entre ellos, el de una época menos sentimental y apegada a tradiciones caducas. Cf. la reciente obra de A. M. KOKTANEK, *Oswald Spengler in seiner Zeit* (München: C. H. Beck 1968).



res de *Briefauslese*, todas las cartas de ese período se habrían perdido (BA 42).

En ese lapso y en el siguiente caen tres decisiones de Edith que tocan el fondo de su personal encuentro con Dios, por lo cual entran de lleno en la tercera parte de este estudio. Son: el bautismo, los años de docencia y de paz semimonástica en Espira y la entrada en el Carmelo. La tensión con su familia ha de rayar, como puede suponerse, en su clímax supremo. Mas lo decisivo no es, a pesar de ello, la violencia de la sangre, sino la invasión arrolladora de la gracia.

### — III —

1933 señaló la héjira del nacional-socialismo. Mal año para los judíos alemanes, que verán sobre sí, a partir de entonces, la escalada de la supresión. Edith Stein ha de contemplar cómo se cierra paulatinamente sobre ella, sobre su familia y todo el pueblo judío alemán —«carne de su carne»— el cerco de la postergación, del destierro y de la muerte. Quien había amado a su país por encima del enamoramiento, pues nadie puede estar enamorado de sí so pena de huero narcisismo, se verá humanamente aniquilada por fuerzas de ese país, que aniquilarán también a los verdaderos objetos de aquel amor: su familia, su raza y la vida mejor y más sana de Alemania. El epistolario aparece surcado desde tal fecha por ráfagas de malas noticias. El 5 de abril de ese año escribe (revelando idéntico panorama en la correspondencia de sus familiares): «Mis seres queridos de Breslau se encuentran, por supuesto, en grandes apuros. Poco importa que nuestro negocio esté abierto o cerrado: desde hace tiempo es igual. Mi cuñado espera su despido de un momento a otro (era subdirector de la clínica dermatológica de la Universidad). Kuznitzky ha perdido ya su puesto de jefe... Toda carta me trae nuevas malas noticias» (BH 20).

Edith misma ha de tener muy en forma sus documentos personales. Por ello pide las partidas de nacimiento y de bautismo, que le son remitidas inmediatamente. Con humor digno de Chesterton escribe a su madrina, a ese propósito, que, después de todo, no está mal poder probar oficialmente que se ha nacido y renacido <sup>4</sup>. Esta

---

4. Fenomenología, feminismo, cristianismo. ¿Qué relación profunda surca el entramado de esos tres términos? ¿Por qué halló la fenomenología en un público femenino eco más amplio tal vez que cualquier otra corriente de la filosofía moderna? ¿Por la personalidad de Husserl? ¿Por la propensión de la mujer a ir a

fe de bautismo en católico influirá años más tarde en su arresto y deportación (como ya antes había aumentado la animosidad de su propia familia contra su conversión). Aludimos a la redada de judeo-católicos holandeses, en la que Edith se verá arrastrada hacia Auschwitz y la muerte.

En cierto modo comienza ahora ese último período de su vida. Cuenta 42 años. En la carta citada contrapone la inseguridad de sus parientes a la seguridad que todavía se le garantiza a ella «por todas partes».

Ella, en efecto, no debe preocuparse por su puesto docente. ¿Lo creía así de verdad? No, sino que sabía perfectamente a qué atenerse. La mano invisible que dejaba en la calle a su cuñado y amenabaza a tantos otros judíos, no la pasaría por alto. Si alguna ilusión se había forjado en ese sentido, se disiparía muy pronto. En la siguiente carta a H. Conrad - Martius, fechada el lunes de Pentecostés de 1933, aparece ya de cesante. «No hay que lamentar —escribe— que no dé ninguna clase más. Creo que detrás actúa una grande y misericordiosa dirección» (*Führung*, palabra que Edith usa a menudo, despertando ecos muy distintos de los tan socorridos a la sazón en el país). «Hoy no puedo aun decirle —continúa— dónde veo claramente la solución para mí. Es de prever que no seguiré mucho tiempo en Münster». Entreveía una solución para su vida mucho más bella que la académica, mas no se atrevía a revelarla, pues habría de afectar terriblemente a su familia, en especial a la madre.

Esta va siendo cada vez más asendereada también por tribulaciones de otra índole. Aunque todavía «en plenitud de su salud y vigor», sobre ese tronco familiar repercuten con mella mayor las desgracias domésticas: la muerte le arrebató, por ejemplo, a su hermano predilecto, que era doce años más joven. ¿Estará lejos, piensa Edith, el tránsito de su progenitora? Tampoco puede estarlo y el temor le llena de preocupación, sobre todo por la salvación de su alma. Cree preciso redoblar por ella la oración antes de que

---

las cosas mismas? ¿Qué paso a nivel se tiende de la fenomenología al cristianismo? ¿Justamente ese buscar lo real sin prejuicios, la cosa como es, la verdad? Arribaron al catolicismo, a través de la fenomenología, M. Scheler, D. von Hildebrand, E. Stein... Eligieron el protestantismo A. Reinach, E. Conrad-Martius... El propio Husserl parece haber llegado al dintel, sin trasponerlo. ¿Qué relación aproxima, en fin, el judaísmo y aquellos tres términos? A los interrogantes propuestos puede encontrarse alguna respuesta en la obra de J. M. OESTERREICHER, *Walls are crumbling (Seven jewish Philosophers discover Christ)*, New York 1952. (Traducción española: *Siete filósofos judíos encuentran a Cristo*. Madrid 1961).

trasponga el horizonte de este mundo, «pues hay aun una inmensa amargura en su espíritu». A una amiga judía, cuya conversión llenó extrañamente de alegría al padre judío de la misma, le felicita, recordando tácitamente las escenas tan diferentes que vivió en su casa por el mismo motivo. «Tal alegría —comenta— es señal de que él mismo estaba cerca de la luz y de que ha pasado a la eternidad en la amistad de Dios» (4.10.34 - BA 75). ¿Cómo no invitarla a rogar por su madre «a fin de que también a ésta le sea dado comprender?».

En ella piensa, sin duda, cuando incita a H. Conrad - Martius a la lectura de *La mujer eterna*, obra de su también amiga Gertrudis von Le Fort. «Consta de tres apartados: la mujer eterna, la mujer en el tiempo, la mujer sobre el tiempo. Esta última es *la madre*» (17.11.35 - BH 39).

Edith Stein no duda en ofrecerse como enlace de amistad entre esas dos insignes mujeres que, con Edith, formaban probablemente el «triumvirato femenino» más destacado en el pensamiento cristiano alemán de su época. Se brinda de intermediaria porque ha descubierto una afinidad maravillosa en las personas y en rasgos de sus obras. De ahí que la amistad pudiera empezar por un simple intercambio de éstas últimas. «Creo que a Vd. le alegraría leer el libro de Gertrudis von Le Fort, *La mujer eterna*... Y a ella le causaría Vd. un gran gozo si le enviara su libro sobre las plantas. Vd. misma advertirá qué estrechamente se relacionan ambos. Ya en mi primer encuentro con Gertrudis von Le Fort percibí lo mucho que se le parece a Vd.» (ib.).

Desde el 15 de abril de 1934 firma sus cartas con el nombre carmelita de Sor Teresa Benedicta de la Cruz<sup>5</sup>. Ha tomado el hábito en el Carmelo de Colonia.

Aislada materialmente, por las rejas, de amigos y familiares, los siente más cerca que nunca. Pero mientras los segundos no piensan ni remotamente, a excepción tal vez de Rosa, en visitarla, los primeros menudean por allí: así, Peter Wust, que comentaba ciertamente el nuevo nombre de Edith Stein como el de «la bendecida

---

5. Sin embargo, el nombre que hará famoso en vida y aún más en muerte será el de familia: Edith Stein. Recuerda en carta a una priora que San Juan de la Cruz se llamaba, de carmelita calzado, Juan de San Matías, y que Santa Teresa usó el nombre de familia hasta que se trasladó al convento de San José. En la renuncia posterior a dicho nombre habría querido simbolizar la santa la rotura con el pasado: debía desaparecer, por ejemplo, cualquier asomo de orgullo por nobleza o diferencia social. «Sin embargo, el sentido más profundo yace en que tenemos una vocación personal a vivir según determinados misterios» (14.12.34 - BA 78).

con la verdad, con toda la plenitud de la verdad» (BA 17), G. von Le Fort, A. Koyré, Hedwig Conrad - Martius y su marido «Autós» (curioso mote con que era conocido dentro del círculo de fenomenólogos el profesor Conrad - Martius y que Edith emplea cariñosamente en alguna carta), etc. Las grandes amistades de Edith no se pierden, pues, sino que se acendran más con la nueva orientación de su existencia. En ellas reverbera ahora un tono de delicado intimismo, sin distinción de credos, reflejo de la obra de la gracia. A su madrina protestante le dice: «Cuando Vd. escribió, acababan de devolverme desde París su libro sobre las plantas: el pícaro de Koyré se lo había llevado clandestinamente. ¿Sabe que él y Do estuvieron aquí en agosto? Esto me alegró sobremanera y fue una gran ayuda para mí; le dí a leer el primer capítulo de mi gran *Opus* y él me animó a continuar trabajando... Parece que también Autós piensa en una visita. Eso me llena de alegría. La reja le agrada menos que a Vd., pero se acostumbraría en seguida» (17.11.35 - BH 39). Mas la mirada con que ahora contempla a sus amigos de juventud y de afanes filosóficos no se detiene ya en la comunidad de ideales universitarios de otrora o en la satisfacción de deseos terrenos. A lo sumo —indica humorísticamente a sus fieles amigos de Bergzabern— os pediría, «si aún subsiste vuestro pomar, un par de mazanas, pues esta dieta sin carne exige mucha fruta». El presente, por supuesto, no se hizo esperar, aliviando sin duda el régimen excesivamente piscívoro de un claustro teresiano.

Tampoco su soledad está vacía. El sentimiento de que nada le falta a quien tanto dejó, es constante. Es su soledad una soledad sonora, llena de Dios. Aunque sus insignes conocidos no acudieran a la reja —de cuyas visitas, por lo demás, se alegra sinceramente y que desea— no los echa de menos en absoluto ni tampoco aquellas cosas que para tantos constituyen la alegría de vivir. A un sacerdote que le ha preguntado cómo ha podido acostumbrarse a la soledad le responde que tal pregunta le hace sonreír. «He estado la mayor parte de mi vida mucho más sola que aquí. No echo de menos nada de lo que fuera hay, y poseo todo lo que fuera echaba de menos» (11.2.35 - BA 81).

Las cartas que recibe son tantas que le resulta «prácticamente imposible responder a todas». Esa imposibilidad crece cuando, terminado el noviciado, vuelve a trabajar febrilmente en filosofía.

## — IV —

A finales de ese año 1935 se ha agravado considerablemente la insegura situación de sus parientes en Alemania. Comienza la gran diáspora de los mismos. Edith sabe que las cosas no mejorarán, sino al contrario, y se duele de no poder hacer nada por ellos, excepto rezar y pedir oraciones. Todos, chicos y grandes, yacen bajo la misma amenaza. «Será cada vez más difícil. Tres sobrinos están ya en América, uno se prepara para Palestina. Sólo queda aquí el menor (de trece años), que será bendecido el 23, o sea, recibido en la comunidad como «hijo de la Ley» (17.11.35 - BH 40).

Su madre ha cambiado ligerísimamente de actitud, pues envía en las cartas a Edith «saludos para todas». Otras «madres» hacen ahora por ella lo que haría la primera «si comprendiera nuestra vida». Su hora, sin embargo, se aproxima; no precisará acompañar a los suyos en la odisea que comienza para los que pueden escapar, ni a los que no pueden, en los terrores que les esperan en los campos de exterminio. Sus hijos volarán en las direcciones de la rosa de los vientos; ella, tronco de esa rosa familiar, se marchitará rápidamente en el propio jardín. La alarma cunde a mediados de junio del 36. A Edith la sorprende entre las vivencias de un pequeño pentecostés personal. «¡Es un tiempo tan plétórico de gracia! Y en medio de esta temporada ha llamado el Señor a la puerta de mi buena madre para prepararla a su paso a la eternidad» (23.6.36 - BA 89).

De una enfermedad, al parecer sin importancia, se pasa, tras varios altibajos, al decaimiento total. «¡Hace 8 días ha escrito ella misma tan amorosamente! Fue siempre como la vida misma y de una actividad infatigable. Por eso la inacción actual le resulta lo peor... Mi gran deseo era que desapareciera toda la dureza y amargura de los últimos años y le visitara la paz...» (Ib.).

Desde fines de junio saben que la enfermedad, no obstante pasajeras mejorías, es incurable; se sospecha incluso que padezca cáncer de estómago. Se renuncia a una operación eventual, porque no sería sino «inútil crueldad»; sólo resta esperar una prolongada y purificadora «pasión»; la ausencia de Edith le es causa de vivo dolor y nadie podría hacérselo comprender. Para Edith «pensar que mi madre me espera en vano en su dolor» es también espina muy buida. Pero espera que el Señor la perdonará, porque su vida ha sido una vida de sacrificio sostenida por una confianza filial en su Dios desde la infancia hasta los 87 años que cuenta, a pesar de haber perdido, como la mayoría de los judíos contem-

póranco, la fe en el Mesías y en la inmortalidad. Aquella fe y confianza en su Dios es lo último que le quedaba en su ruda lucha con la muerte (4.10.36 - BA 93). Edith no duda en explicar la cerrazón de su madre al cristianismo y a la vida religiosa del catolicismo en conexión con aquella pérdida de la verdadera fe judía, al menos en aspectos importantes, como el mesianismo y la inmortalidad. «La fe en el Mesías ha desaparecido casi del todo en los judíos de hoy, incluso entre los creyentes. Y casi otro tanto la creencia en una vida eterna. Por eso no he podido nunca hacer comprensible a mi madre ni mi conversión ni mi ingreso en la Orden. Y por eso sufre ahora duramente otra vez por la separación, sin que yo pueda decirle algo consolador. Debo escribirla, pero no puedo manifestarle nada de lo esencial... Mas quizá justamente la separación (el «abandono», en labios de la madre) de la hija más pequeña, a quien amó siempre con predilección, y las pequeñas insinuaciones que a menudo he aventurado, produzcan en el fondo de su alma reacciones de las que nada asoma al exterior. *Spem suam Deo committere!*, dice San Benito» (19.7.36 - BA 90).

En un pasaje parecido acerca de la muerte, aunque en relación con el suicidio y la esperanza en la inmortalidad personal entre los judíos, había escrito ya Edith en *la vida de una familia judía*: «La inmortalidad personal del alma no es artículo de fe. Todo esfuerzo queda en el aquende. Incluso la piedad de las gentes piadosas está encaminada a la santificación de *esta* vida. El judío puede durante años y años soportar, mientras tenga una meta a la vista, con tenacidad y sin desaliento ni fatiga, el trabajo y las privaciones más extremas. Mas si le falla ese hito, su tensión se aniquila, la vida le parece absurda y llega fácilmente a desecharla. Al verdadero creyente le impedirá, por supuesto, hacerlo su sumisión a la voluntad divina» (LJF 51).

En esa sumisión y amor a la voluntad del Dios del Antiguo Testamento vivió siempre la señora Stein y en ella procuró educar a su numerosa prole. Tales virtudes integraron la fibra más recia de aquel carácter, a juicio de su hija, el aglutinante que mantenía unida a la familia ya a lo largo de cuatro generaciones. En el lecho de muerte sigue siéndolo, y hacia ella se dirigen los desvelos de todos, incluso de los nietos, repartidos por el planeta. Si —razona Edith a la luz de unas palabras de la epístola a los romanos, que fueron «mi gran consuelo y alegría en el verano de 1933 en Münster, cuando mi porvenir era enteramente oscuro»— *Scimus quoniam diligentibus Deum...*, esto «también ha de redundar en bien de mi madre, pues ha amado de verdad a "su"

Dios (como ella recalca a menudo) y hecho mucho bien y soportado mucho mal puesta su confianza en El. Pienso que sus últimos meses... han sido un plazo singular de la gracia, máxime la última temporada en que ya no se preocupa más de la vida exterior; nadie conoce los procesos del alma, sino sólo el Señor» (13.9.36 - BA 91-92).

A pesar de todo, se difundió el rumor de una conversión in articulo mortis. Edith sale al paso desmitiéndola categóricamente. «Mi madre se mantuvo firme en su fe hasta el fin». Ocurrió el 14 de septiembre de 1936. El 3 de octubre manifiesta en carta a una superiora que la pena por tal muerte se va calmando, pues puede esperar con toda confianza «que Dios la ha recibido pronto para Sí».

A pesar de los evidentes peligros en su patria para los judíos alemanes, la señora Stein murió con la contrariedad de que su hijo Arno quisiera vender el negocio que había llevado siempre junto con ella, para irse a América, donde estaban ya a salvo su mujer y dos hijos; desconfiaba mucho de que al otro lado del Atlántico pudiera encontrar un medio de subsistencia. Avida de mantener unidos a los hijos, la última voluntad de la madre había sido que Frieda ocupara su propio puesto, dejándose a Rosa los cuidados domésticos. Edith reclama para sí, como un recuerdo muy precioso, el «Hanna» o libro de preces judías para las varias vicisitudes de la vida. «¡Hay tantos recuerdos ligados a él...! De niña hube de buscárselo a madre muchas veces —escribe a los hermanos el 17.10.36—. Y cuando fui con ella por primera vez después de mi bautismo al cementerio, rezó primero ella por ese libro y luego me lo ofreció abierto en la oración que han de recitar los niños sobre la tumba de sus padres. Ahora he buscado otra vez esa oración y vuelto a hallar la misma fe, que nos es tan connatural y en la que al presente me sostengo. No es ajena al judaísmo, sino que, desgraciadamente, se encuentra en los más muerta por completo» (17.10.36 - BA 95).

Rosa, su única hermana soltera, pasará ahora a ocupar el centro de los desvelos de Edith, vacante por la desaparición de la madre. Rosa anhelaba, como hemos indicado, el bautismo desde bastantes años atrás; en atención a su madre lo iba demorando. Muerta aquella, se desvaneció el obstáculo principal y pudo acelerar su preparación, aunque a espaldas de sus hermanos, «a fin de no causarles nuevo dolor», ya que «aun les aguarda lo peor».

La catecúmena se trasladó a Colonia en la segunda quincena de diciembre de 1936. En el carmelito, a las cuatro de la tarde de la víspera de Navidad, recibió el bautismo y en la noche santa la primera comunión. «Cuando llegó, estaba aun como aturdida a

causa de las penalidades del año anterior, pero aquí ha cambiado inmediatamente, sintiéndose feliz como nunca» (13.1.37 - BH 47).

Rosa había sido desde siempre la unida a su destino espiritual rumbo a Cristo, su invisible compañera de peregrinación. Es comprensible el júbilo de ambas al encontrarse por fin plenamente en El. Nada extraño que la nueva cristiana se sintiera auténticamente «reflorecida». «Lo que para ella han significado los días vividos aquí, no podrá sospecharlo sino quien haya compartido largos años de espera y el agobio de vivir en un mundo de mentalidad enteramente distinta. Aquí ha renacido del todo» (28.1.37 - BA 97).

Volvió a casa, «dejando su corazón en el Carmelo», para vivir en Breslau en soledad de parientes, aunque rodeada de ellos. Al saber la familia que se había hecho bautizar, estalló «la gran tormenta», orquestada por Frieda, como sucesora de la madre en la dirección de los asuntos comunes y custodia celosa de la tradición hebrea doméstica. Sólo la mediación de Erna y de su sobrina Erika logró aplacar los ánimos. Aunque este desarraigo interior del suelo nutricional familiar le era casi insostenible, extraía coraje y alegría de la participación diaria en la vida de la Iglesia local. Repitiendo las proezas matinales de Edith, asistía cada mañana a misa de 5 en la catedral, y el 17 de mayo de 1938 recibió el sacramento de la confirmación.

Contemporáneamente, descubrimos ecos de las dificultades que asedian a los niños judíos en las escuelas; esto llena de cuidado a Edith por sus sobrinos. Desde el otro lado de sus rejas, «donde no se nota en absoluto la lucha brutal de fuera», envía un gracioso saludo epistolar a una sobrina de quien ha sabido que ha tenido «de nuevo» experiencias desagradables en clase. En cambio le pide el pequeño favor de una foto del sepulcro de su madre: «Cuando en abril se ponga la losa sobre la sepultura de abuelita y la tumba quede aderezada, toma una buena foto para mí...» (5.3.37 - BA 98).

Al Carmelo de Colonia llegan noticias de la tragedia que se está operando en otra rama muy distinta de su familia, en tantos Carmelos españoles víctimas de nuestra revolución en zona roja. ¿Es un aviso? Así parece entenderlo Sor Benedicta de la Cruz, a pesar de que «hasta ahora vivimos en la paz más perfecta detrás de los muros de nuestra clausura. El destino de nuestras hermanas españolas nos indica, sin embargo, a lo que debemos estar dispuestas. Los cambios tan radicales que vemos ocurrir más cerca aún, son también un grito de alarma salvador. Mas en todo caso, nuestro deber consiste en respaldar con nuestra oración a aquellas



que tienen que realizar una labor de pioneras tan pesada» (7.5.37 - BA 98-99). Esas líneas revelan previsión y aceptación de su propio sino pocos años más tarde.

Entre los oficios que ha desempeñar frecuentemente en su convento se cuentan los de enfermera y tornera. En sus cartas se perfila con el rasgo exacto el carácter de sus pacientes e, indirectamente, la propia abnegación. «La Hna. Clara, mi enferma, hace actualmente ejercicios. Es una vieja encina, de increíble resistencia. Cualquier víctima que exija de la estricta observancia la enfermedad, requiere una grande lucha». Como tornera ha de ser el enlace movido entre la clausura y el mundo circundante. «Vd. puede imaginarse que para ello se precisa un aparato locomotor en perfecto estado de rendimiento» —velada alusión al accidente sufrido hacia finales del 36, cuando cayó escaleras abajo y se rompió la mano y el pie izquierdos— (13.1.37 - BH 48).

Rosa celebra en Breslau sus segundas navidades cristianas. La gratitud de neófita puede todavía tanto que disipa la hostilidad del ambiente. «El Salvador no dejará de otorgarle nuevos dones». No menos le inquieta la suerte de sus otros familiares: todos, padres e hijos, se encuentran en grave aprieto. «Debo pedir para ellos una patria sobre la tierra, además de la patria eterna» (12.8.38 - BA 107). Querían permanecer en Alemania lo más largamente posible, reteniendo a su lado a los hijos. «Pero ya están viendo que no se puede más». Se citan como posibles destinos Inglaterra, Estados Unidos, Argentina... Erna y su marido piensan mandar juntos a sus dos hijos, Suse (16 años) y Ernst Ludwig (17), a Inglaterra: si han de separarse de sus padres, que no se separen al menos entre sí; provisionalmente, han dejado la escuela y comenzado a aprender un oficio. De los ya emigrados no llegan siempre noticias muy risueñas; por ejemplo, que su sobrino mayor Wolfgang (26 años), residente desde algunos años en Estados Unidos, tendrá que emigrar de nuevo, con muchos otros camaradas, a la Argentina (20.10.38 - BA 108).

El 14 de octubre la visita por primera vez desde la entrada en el Carmelo su hermano Arno: es una visita de despedida, «quizá para siempre». La desbandada se precipita. Arno apenas tiene tiempo para ir a reunirse en América con su esposa y dos de sus hijos (ib.); Erna y los suyos los seguirán rápidamente; la hermana y el cuñado de Hamburgo se aprestan a partir hacia Colombia junto a su hijo, mientras despachan a una hija hacia Noruega... Y «si la despedida... es muy penosa, más lo es aún el quedarse». «La situación más difícil es la de mis hermanas de Breslau» (Frieda y

Rosa). «Rosa intenta pasarse a Holanda mediante la Raphaelsverein, y sería para ella lo mejor». «Es realmente imprevisible cómo se las podrán arreglar para liquidar el negocio. Va a ser difícil de veras y, para colmo, me parecen ambas ya muy extenuadas por la lucha. ¿Y qué será de ellas después? Me gustaría que Rosa pudiera venir un par de días en Navidad. Entonces podríamos, al menos, discutir las posibilidades...» (27.10.38 - BA 109).

Sobre esta odisea trágica no se cierne otro mentor que la fe inquebrantable de Edith y su confianza en que la madre sigue cobijándolos desde el cielo sobre todos los puntos de la tierra: «Yo confío firmemente que mi madre tiene ahora poder para ayudar a sus hijos en el gran apuro» (31.10.38 - BA 110). Y, sobre todo, que en medio de contrarias apariencias, el Señor no los abandona. Así escribe a un cuñado, luego de invitarle a recapacitar «sobre lo mucho malo que hemos pensado y hecho»; «...estaríamos dejados a nosotros mismos, si Alguien, que ve más claro y largo que nosotros, no cuidara de nosotros» (27.10.38 - BA 109).

— VI —

Ella, por su parte, ha ofrecido su vida por la salvación de todos en la esperanza de conseguirles una doble patria. Y está tranquila, porque no duda que Dios la ha aceptado. Trascendiendo lo inmediato, busca su mirada en la historia de su raza otros avatares de exterminio. El paralelismo se ofrece fácil. En el antiguo Egipto, en Persia, Roma y en tantos otros países se vieron ya amenazados de genocidio... Pero el Señor los salvó. Por carmelita sabe muy bien que, aunque servir a Dios es reinar, el trono está en la cruz. «No puedo menos de pensar en la reina Ester, tomada de su pueblo precisamente para asistir ante el rey en favor de ese pueblo. Soy una pobre e impotente, pequeña Ester; pero el Rey que me ha elegido es infinitamente grande y misericordioso. ¡Qué consuelo tan grande!» (31.10.38 - BA 110). En su visión de la historia judía el destino del pueblo de Dios está bajo la cruz; es lo que quiso significar con su propio sobrenombre de religiosa: T. B. de la Cruz. «Y hoy mejor que entonces sé lo que quiere decir estar desposada con el Señor bajo el signo de la cruz» (9.12.38 - BA 111).

El último día de ese año 1938, en la noche de San Silvestre, habrá de expatriarse ella también. Desde el 3 de enero del 39 proceden sus cartas de la pequeña ciudad holandesa de Echt. La dispersión de la familia Stein, lejos del lar nativo de Silesia, está casi consumada. Mas su espíritu cristiano se mantiene impávido en me-

dio de la prueba; el oscuro destino de su pueblo en la tierra se le torna luminoso, al contrario de lo que acaecía en otros muchos compañeros de fuga. Porque «cuanto más tenebroso vaya haciéndose para nosotros aquí abajo, tanto más debemos abrir el corazón a la luz de arriba» (9.12.38 - BA 111).

Sus ojos veían claramente, bajo la urdimbre superficial de la historia, los hilos invisibles que la iban tejiendo. Y distinguían los dedos del tejedor y el sentido de ese tapiz absurdo que para no pocos contemporáneos parecía ser la época moderna. Esa visión profunda del otro lado de la trama le permitía mantenerse enhiesta en su esperanza en medio de la tragedia. «La fe en la historia invisible debe darnos siempre fuerza cuando lo que logramos ver en su exterior (en nosotros mismos y en otros) podría restarnos ánimos...» (16.5.41 - BA 124).

La despedida del Carmelo de Colonia fue penosa. Había hecho de él su nueva patria espiritual. «Pero tenía la convicción firme de que (esta separación) era la voluntad de Dios y de que así podía evitarse algún mal. Aquí (en Echt) he sido acogida con el más grande amor». Dicho Carmelo holandés había sido fundado precisamente por carmelitas expulsadas de Colonia en 1875, que llevaron consigo no pocas cosas de su antigua residencia, como el altar del coro y muchas otras (12.4.39 - BA 116). Por tanto, había tenido en cierto modo precursoras y allí encontraba patentes vestigios, aparte las tumbas en la clausura. «Sobre todo, se respira aquí auténtico espíritu del Carmelo. Esto es lo mejor...» (ib). Desde allí aprovechará cada ocasión para enviar saludos a «mi querida primera patria conventual» y para la «Reina de la Paz» en la Schnurgasse colonesa: una imagen de la Virgen cuya bendición fue a implorar cuando ya estaba en camino para Echt y en una hora crítica para la paz mundial.

El desarraigo inevitable que ese trasplante implicaba proyecta su atención hacia una ciudadanía que no es de este mundo. Se siente errante, como el clásico tipo de su raza. En una de las primeras cartas de Echt deja caer esta constatación: «La familia ha sido dispersada por (toda) la tierra. Pero Dios sabe por qué o para qué bienes (22.1.39 - BA 115). En la nueva residencia van tomando forma y perfil destacados esas ideas y quien, a principios de siglo, había subrayado con énfasis su pertenencia a una patria terrena, escribe ahora que «es bueno pensar que nuestro derecho de ciudadanía está en el cielo, siendo los santos nuestros conciudadanos y vecinos» (14.4.39 - BA 117). Pero su tónica espiritual es la de una inmensa gratitud «por la suerte de hallarme aquí y porque esta

casa es como es», lo cual no le impide repetir, bíblica y proféticamente, que no tenemos aquí ninguna morada duradera.

Las noticias de sus emigrados en América le hacen presente un fenómeno no muy diverso: para sus hermanos, para la generación vieja, es difícil aclimatarse: «todos tienen "*Heimweh*"» y preocupación por aquellos que siguen en Breslau. En cambio, los sobrinos se han adaptado rápidamente y obtienen excelentes calificaciones en la escuela.

Rosa había conseguido, tras grandes esfuerzos, pasar a Holanda y unirse a Edith. Vivía como portera del convento; se había hecho terciaria del Carmen. En cambio, los pocos que quedaban en la ciudad natal lo pasaban bastante mal: «La hermana que aún seguía en Breslau, ha sido deportada al campo, alojada con otras once señoras en una buhardilla y obligada a ocho horas de trabajo. Mi hermano mayor y su mujer viven temiendo idéntico forzado proceder. Todos los esfuerzos de los parientes en USA para trasladarlos allá han fracasado hasta la fecha» (18.11.41 - BA 126).

No menos patética es la situación de sus antiguos amigos filósofos. Como en la primera guerra mundial, también la segunda, y más dramáticamente aún, hace casi imposible cualquier contacto. Y como en aquella cayeron algunos de los más queridos e insignes fenomenólogos, igualmente en ésta. En la última carta a Edwig Conrad-Matius, 5.11.40, le pregunta con angustia por el paradero de esos amigos de toda la vida. «¿Sabe Vd. dónde para Ana Reinach? No sé nada de ninguno. Hans L. hace de nuevo toda la guerra. ¿Dónde pueden estar sus hijos? ¿E Ingarden y sus cuatro pequeños?» (5.11.40 - BH 56). El 18.11.41 le llegará, tras muchos rodeos, la noticia de que uno de esos amigos ha caído de un balazo en la cabeza en el frente oriental. «Deja dos hijas, de las que ha sido padre y madre, pues su mujer murió muy pronto». Se trata probablemente del aludido Hans Lipps, caído en Rusia en 1941; había pertenecido al círculo fenomenológico de Gotinga y sido más tarde profesor ordinario en Francfort. Es, bajo ese aspecto, en la segunda guerra mundial, el paralelo de H. Reinach en la primera. La muerte de ambos afectó hondamente a Edith.

Esa guerra ha puesto al alcance de la policía secreta alemana los países ocupados. En Echt las hermanas Stein no pueden estar muy seguras. Edith y sus cohermanas se dan bien cuenta de ello. A una superiora le escribe el 2.2.42: «Naturalmente que estamos muy agradecidas de haber podido permanecer, al menos hasta ahora (lo cual de tejas abajo significa: no haber podido marcharse). El «ahora» depende enteramente del cariz general de la situación —una razón más para rezar incansablemente por el grande deseo

universal—. Esto lo hacemos, sin duda, unidas. Piense, por favor, que aún hemos de esperar una invitación a ir a Amsterdam, que no podemos declinar, y que conduce no al benévolo Joodsen Raad, sino a las S. S.» (BA 128).

Suiza abre entonces las puertas a su esperanza. El único convento carmelita de clausura en ese país neutral está dispuesto a admitir a Edith, y un convento de la Orden Tercera del Carmen, a Rosa. «Ambas casas se han comprometido ante la policía de inmigración a cuidar de nosotras de por vida. Mas la gran cuestión es todavía si aquí obtendremos el permiso de partida, que en todo caso tardará. Personalmente, no me apuraría si no llegara. Que no es una nonada dejar otra vez a una querida familia monástica. Pero lo acepto como Dios lo disponga» (29.7.42 - BA 130).

Así leemos en la última carta fechada en Echt. La siguiente, del 6.8.42, indica, como remite, la barraca 36 del campo de concentración, para judíos a deportar hacia Alemania, de Drente - Westerborn. La ejecución del plan suizo se demoró demasiado por dificultades internas y porque Edith no quiso salvarse sin su hermana <sup>6</sup>. La Gestapo tuvo tiempo de intervenir y detenerlas (2.8). Desde el citado campo, todavía un telegrama «in extremis» de ambas hermanas al Consulado suizo de Amsterdam: «Por favor, procurar pasemos lo antes posible la frontera. Nuestro convento correrá con los costos del viaje»... (BA 130). Para Rosa serán también los últimos, apremiantes cuidados de Edith en la citada carta del barracón 36. Después, nada. Un tren que se pierde en la noche. Con una caligrafía menuda y firme traza la última noticia personal de su existencia: «...Mañana temprano parte un tren transporte (¿a Silesia o Checoslovaquia??). Lo más necesario es: medias de lana y dos mantas... Rosa no tiene ni cepillo de dientes, ni cruz, ni rosario. Yo quisiera tener el tomo siguiente del breviario (hasta ahora *he podido rezar maravillosamente*). Nuestros carnets de identidad y de *familia*, la cartilla de pan. Mil gracias. Saludos a todas. Su hija agradecida, B.».

Subrayamos la palabra «familia» o stirpe (Stamm). Edith Stein vivió y murió ligada a esa realidad primordial, como hemos intentado destacar, en mayor grado aún que a la realidad vocacional de la *filosofía* y sólo en menor que a la *realidad última*: de su vinculación a estas dos trataremos en otra ocasión.

GERMAN ZAMORA

*Salamanca - La Serna*

---

6. Cf. Sr. TERESIA A MATRE DEI, o. c., 223.